

TU PIEL  
ARDIENTE  
ENCARNA  
MAGÍN

Tu piel, 2

zafiro

**TU PIEL ARDIENTE**  
**ENCARNA MAGIN**  
**TU PIEL 02**

# CAPÍTULO 1

Un disparo resonaba en su cabeza. Varek caía al suelo como un saco de harina roto que se precipitara por un acantilado hacia un vacío oscuro e infinito. Ella no podía ayudarlo, la sujetaban unos brazos fuertes que la alejaban del cuerpo de aquel hombre, que quedó tendido e inmóvil. Nada tenía sentido, todo daba vueltas y su instinto la hizo gritar.

Mady despertó envuelta en el aliento de las pesadillas. Echó una mirada a su alrededor; no sabía dónde se encontraba, pues todo era desconocido para ella, y en su mente los recuerdos estaban muy confusos. Era como si su vida se difuminara, como si todo hubiera sido irreal y no supiera qué era verdadero y qué no. Sabía a ciencia cierta que le habían inyectado algún tipo de somnífero antes de subirla a un *jet*; todavía sentía el escozor de la aguja abrirse camino en la carne de su brazo. Instintivamente, se llevó la mano a esa zona y de su boca salió un gemido. No tenía ni idea de cuántos días la habían mantenido inconsciente, o tal vez sólo habían sido horas, pero notaba su cuerpo como si no fuera suyo, y coordinar los movimientos le resultaba incluso doloroso.

Su aletargada mente tardó en posarse sobre un colchón de realismo y, cuando lo logró, de entre sus pensamientos brotó un nombre: Varek. Pronto recordó: a él le habían disparado y a ella la habían secuestrado. No entendía nada, y mucho menos alcanzaba a explicarse que el hombre que había empuñado esa arma para atentarse contra Varek y que le había robado la libertad a ella era Steve, quien fuera su jefe en su etapa como *stripper* en el Crystal Paradi-

se, un amigo al que quería y respetaba... ¿O no era realmente Steve?

Sus reflexiones chocaron con el muro de la realidad; una realidad extraña, pues recordó la mirada de aquel supuesto Steve, que no tenía nada que ver con los oscuros ojos, agradables y comprensivos, del Steve que ella conocía. A pesar de que siempre mostraba cierto aire de refunfuño en sus rasgos latinos, nunca había manifestado un carácter agresivo; algo normal, teniendo en cuenta que no le gustaba la violencia. No, no entendía nada. Ciertamente estaba hecha un lío; de todos modos, comprendió que no era momento para conjeturas sin pies ni cabeza; su prioridad era otra, pues necesitaba saber cómo estaba Varek y para ello tenía que salir de allí.

Mady calibró sus posibilidades: estaba en una habitación de grandes dimensiones amueblada al estilo colonial, rústico, cuyas líneas rectas y sencillas mostraban la nobleza y elegancia de épocas pretéritas. La cama en la que se había despertado tenía un dosel de gasa blanca tan delgada y vaporosa que parecía una nube. Los techos, con macizas vigas de madera, cobraban un protagonismo importante, ya que reclamaban la atención de las miradas. Las paredes, pintadas con la técnica al temple, en un tono verde manzana, suavizaban el ambiente. En conjunto, aquel soberbio dormitorio, donde cada detalle había sido cuidado con esmero y buen gusto, daba sensación de serenidad y calma. Estados muy diferentes a cómo ella estaba y que, lejos de relajarla, la perturbaban todavía más por no saber dónde se hallaba y quién la había llevado hasta allí.

Dejó de prestar atención a su entorno. Saltó de la cama y corrió, poseída por la desesperación, hacia la doble puerta, que encontró cerrada. Sonrió sin humor; se sintió estúpida, dado que estaba retenida en contra de su volun-

tad y, aplicando la lógica, era normal que estuviera encerrada. Sin perder tiempo, buscó algo que le permitiera forzar la cerradura, pero pronto meditó que sería mejor sopesar otra salida. No quería hacer mucho ruido, a fin de no alertar a sus secuestradores. Quizá estuvieran al otro lado de la puerta haciendo guardia, vigilándola, y escabullirse como un gato era su única alternativa.

Contempló con esperanzas renovadas las puertas francesas de madera, con la parte superior semicircular, que daban a un balcón; con un poco de suerte podría saltar, si la altura no era demasiado grande, claro. De todos modos, siempre le quedaba la posibilidad de pedir ayuda a gritos. En su mente se acomodó la fe; escaparse de allí estaba a su alcance, así que no perdió tiempo, descorrió las cortinas de seda con rapidez y salió al exterior. Sin embargo, la fe la esquivó y la cruda realidad la volvió a azotar.

El mar ocupaba el horizonte con majestuosidad, una sinfonía turquesa brillaba como estrellas en el cielo. Sus ojos grises navegaron por la inmensidad de su oleaje espumoso, cuyo chasquido, continuo, lento y corto, se incrustó en su alma como si fuera un alarido de agonía. No tardó en percibir que esa grandiosa extensión azul no se parecía a las aguas de Miami que ella conocía tan bien, así que dedujo que no estaba en dicha ciudad. El corazón le palpitó fuerte, cada latido era un trueno, y el miedo trepó por su cuerpo como una culebra venenosa. Intentó descubrir más a través del estudio del entorno: una vegetación tropical circundaba lo que parecía ser una hacienda con detalles de estructura colonial española. A su mente acudieron algunas posibilidades, aunque lo cierto era que podía estar en muchos lugares. De lo único que estaba segura era de que se hallaba lejos de su hogar y, en consecuencia, lejos de Verek. Un nudo se formó en su garganta y, atrapada en su desesperación, Mady calculó la posibilidad de alcanzar una

de las palmeras con el objetivo de trepar a una y descender luego por ella. Se alargó todo lo que pudo, una vez, dos veces, tres... y la desilusión no tardó en hacer mella en la chica, ya que era imposible aproximarse, ni siquiera a las hojas que tenía más cerca.

Sin ninguna salida y muerta de miedo, empezó a chillar pidiendo auxilio... cualquier cosa era mejor que quedarse sin hacer nada. Tenía claro que iba a salir de allí fuera como fuese; necesitaba su libertad, ¡necesitaba saber de Varek!; que su corazón siguiera latiendo dependía de ello. Pensar en él no hizo otra cosa que cargarla de energía y sus gritos crecieron en intensidad... pero pronto se encontró con la boca tapada; la arrastraron al interior y la tiraron al suelo.

Mady tardó un rato en recuperar la respiración, pues el golpe contra el suelo la había dejado atontada; aun así, recobró las fuerzas rápidamente. Se medio incorporó y percibió la silueta de Steve; ésta se mantenía a contraluz, y parecía el mismísimo demonio que había surgido de la nada. Por un momento le dio la impresión de que le quedaban pocos minutos de vida.

—¿Steve? —dijo en un susurro. Se alzó dispuesta a todo, pues sabía que su vida pendía de un hilo; no obstante, presentaría batalla, eso lo tenía claro. La rendición no era una opción.

Una risilla malvada fue la única respuesta. Tuvieron que pasar muchos segundos antes de que el hombre se dignara contestar.

—Como sigas voceando, te voy a cortar el cuello. ¿Has entendido?

Se acercó veloz a ella, la sujetó del brazo, sin contemplaciones de ninguna clase y empleando más fuerza de la necesaria, y le lanzó una mirada de advertencia; casi pudo sentir cómo la partía en dos.

Mady, impactada, se deshizo de su agarre y se tragó su gemido de dolor; sabía que la marca de esos dedos luciría varios días en su carne. Dio un paso atrás en un intento de protegerse; no era para menos, pues la crueldad feroz de ese hombre velaba sus ojos como una sombra espesa que impedía que el sol pudiera penetrar en su interior. La sospecha de que no era Steve cobró más sentido; a pesar de tener el mismo cuerpo robusto, piel morena, cabello oscuro y rasgos latinos, ella percibía que no se trataba de la misma persona. Tampoco la manera de vestir se asemejaba: el tipo que tenía delante llevaba traje oscuro y corbata; al Steve con el que ella había tratado le encantaba la moda casual.

Mady negó con la cabeza, demasiadas diferencias como para no tenerlas en cuenta. El Steve que conocía ni por asomo actuaría de aquella forma. Además, el tono de voz, pastoso y con altibajos muy pronunciados, que imperaba en el hablar de aquel hombre que observaba rozaba un desequilibrio mental peligroso. O quizá fuera porque estaba borracho; el aliento a alcohol llegaba a ella como una bofetada.

—Y Varek, ¿cómo está?

—Ojalá esté muerto. —Una sonrisa macabra no sólo se dibujó en sus labios, sino que se plasmó en su rostro, pues su cara era una muestra inequívoca del placer que sentía ante esa idea—. Olvídate de Varek, ese gringo forma parte de tu pasado.

Mady, con un indecible malestar en las vísceras y con unas terribles ganas de llorar, que ella ahogó en el silencio de su alma, supo que no le iba a contar nada sobre Varek. Ahora bien, ella necesitaba saber qué había pasado. Sólo con imaginar que podía haber fallecido, la vida dejaba de circular por sus venas, todo se volvía oscuro y nubes de dolor se arremolinaban en sus entrañas.

—Dime cómo está Varek, por favor... —rogó, pero el silencio fue la respuesta; por más que insistiera, no le diría nada. A la fuerza, se resignó, de momento—. ¿Y dónde estoy?

El hombre dudó, pero al final decidió darle la información.

—Estás en la Hacienda Hernández, en México.

Mady no ocultó su desaliento y hundió los hombros, abatida y frustrada. Con todo, mantener la calma en aquellos momentos era vital, no sólo para poder pensar con coherencia, sino porque su vida corría peligro. Ese individuo no le inspiraba confianza, no la confianza de la que era merecedor el Steve que ella conocía. Aquel pensamiento la llevó a seguir preguntando; cuanto más supiera, mucho mejor.

—¿Quién eres en realidad? Tú no eres Steve; el Steve que yo conozco jamás me trataría de esta manera.

El sujeto rio otra vez a modo de respuesta.

—Yo soy Carlos, y Steve es como yo. O peor. ¿Nunca te contó que pertenece a los Hernández?

Mady abrió los ojos de par en par. ¿Hernández? Algo había oído sobre ellos... sabía que la palabra «Hernández»



era sinónimo de mafias, clanes, drogas, estafas, asesinatos y un montón de crueldades más. De pronto el aire se atascó en su garganta; recordaba haber visto una foto de Juan Hernández en un extenso editorial de un periódico, donde se informaba de que era uno de los hombres más poderosos y ricos de México, si bien todos sabían que, detrás de tanto dinero y poder, había una lista muy larga de crímenes perpetrados con la complicidad y el cohecho del Gobierno, el sistema judicial y una policía igual de corrupta. De pronto todo encajó: el hombre de la foto tenía cierta similitud con Steve y ese tal Carlos. Era evidente que algún parentesco los unía.

—Conozco a un Juan Hernández por un diario de Miami. —La chica intuía la verdad; casi prefería no saberla.

—Ése es mi padre, o sea, el padre de Steve y el mío.

Mady se sentía como si la hubieran lanzado desde lo alto de un barranco. ¿Cómo había podido Steve engañarla de aquella manera? La amistad sincera que un día tuvieron, ahora se perdía en el fondo de su alma. La necesidad de poner distancia entre los Hernández y ella crecieron, pues sus instintos la avisaron de que nada bueno podía suceder. Con todo, estaba demasiado paralizada como para dar siquiera un paso, y mucho menos para pensar con sensatez.

El hombre no ocultó su malvado regocijo en cuanto percibió que ella empezada a comprender su situación. Se sintió satisfecho; eso le daba fuerzas y le permitía traicionar a su hermano, al que odiaba con toda su alma.

—Steve te ha engañado, en realidad se llama Javier Hernández y es mi hermano gemelo. ¡Estúpida! Se ha burlado de ti —manifestó en un tono zafio. La miró de arriba abajo con no muy buenas intenciones—. Aunque yo hubiera hecho lo mismo... —Se acercó a Mady y ella dio un paso

atrás, provocando que él se riera de forma burlona; disfrutaba desplegando su poder, el poder que le daba ser un Hernández—. Quiero que te desnudes para mí, de la misma manera que has hecho con Javier y Varek; yo también quiero follarte, ¡ahora!

Sin previo aviso, le desgarró el jersey, y sus pechos, sólo cubiertos por el sujetador, quedaron a la vista de un perverso, que en ningún momento ocultó el deleite que le provocaba actuar de aquel modo.

Mady comenzó a temer seriamente por su vida, y el pánico se instaló en cada célula de su cuerpo. Con manos temblorosas, intentó taparse los senos, si bien los retazos que colgaban de su jersey destrozado no le servían de mucho. Contempló a Carlos: en sus pupilas había maldad y sabía que cogería lo que deseaba, quisiera ella o no. ¿Cómo luchar con un hombre que le doblaba en peso y fuerza? Si una cosa tenía clara era que prefería la muerte. Buscó a su alrededor y corrió hacia la mesita a fin de coger la lámpara para defenderse. Sin embargo, no le dio tiempo, pues Carlos la apresó con energía y la tiró encima de la cama, le desgarró el sujetador y mordió uno de sus pechos. Ella gritó de dolor al tiempo que intentaba defenderse de ese animal, pero él la bloqueó en un abrir y cerrar de ojos. Su peso la asfixiaba, sus manos la mancillaban con suplicio, y no le costó mucho esfuerzo desvestirla mientras él reía como un loco.

Entonces, Mady empezó a chillar de desesperación y Carlos le pegó sin remordimiento alguno. Cuando creyó que se iba a desmayar, sintió cómo el peso de ese desquiciado desaparecía sin más. Giró la cabeza y reconoció a Juan Hernández, quien tenía a su hijo delante, tirado en el suelo, y lo pateaba con todas sus fuerzas.

—¡Animal, no te atrevas a tocar a la mujer de Javier!  
¡Tendría que matarte a patadas!

El llanto de dolor, casi infantil, del hombre que estaba en posición fetal en el suelo mientras su padre lo golpeaba cada vez más fuerte hizo reaccionar a la chica. Agarró la sábana y envolvió su cuerpo en ella con el objetivo de cubrir su desnudez. De inmediato, sujetó a Juan del brazo, tiró de él para apartarlo de Carlos y bramó:

—¡Ya basta!

Juan la miró como si se hubiera vuelto loca; replegó el entrecejo, y sus arrugas se marcaron aún más. Normalmente éstas mostraban un mapa de vida y experiencias de las cuales sacar lecciones, pero en Juan no. Él estaba demasiado lejos del camino correcto de la vida, así que esos surcos marcados en la piel eran pellejos podridos que hablaban de historias que el mismísimo Satanás explicaría a sus discípulos para que aprendieran del gran maestro.

Por su parte, Mady, a pesar del miedo, se sentía satisfecha, pues su intervención había servido para que, a regañadientes, el anciano dejara de apalear a su hijo. Ella respiró aliviada, aunque por precaución se echó a un lado y puso distancia. Se agarró con fuerza la sábana en un intento de aferrarse a algo y buscar protección, aunque sabía que era inútil, dadas las circunstancias.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo o no tengo que hacer? —exigió Juan.

Mady negó con la cabeza, quizá se había metido en un lío. Si bien Carlos había intentado violarla, su venganza no estaba en matarlo a golpes. Ni ella ni nadie eran Dios para decidir castigos, y jamás había soportado la violen-

cia... y mucho menos cabía en su mente el propósito de quitarle la vida a otro ser humano.

Mady guardó silencio; tampoco sabía qué decir. Miró en dirección a Carlos, que ya se había incorporado. En ese momento estaba sentado en el suelo y lo contempló mientras se alzaba. Su expresión era de dolor; sin embargo, algo había cambiado en él, puesto que la observaba con adoración. La idea de que ese sujeto padecía algún desequilibrio mental cobró todavía más fuerza.

Sin previo aviso, por la puerta aparecieron dos tipos cargados con maletas, que se marcharon en cuanto las hubieron dejado en el suelo; entonces Juan se acercó a ellas y dijo:

—Como vas a estar una buena temporada por aquí, he procurado que no te falte de nada. —Extendió los brazos—. Ésta va a ser tu habitación; como ya habrás podido comprobar, es imposible que escapes... y te advierto de que, si lo intentas, el castigo no va a ser agradable.

Mady, con aflicción, comprendió que estaba recluida en contra de su voluntad, y no entendía la razón.

—¿Por qué no puedo marcharme? No entiendo nada...

Juan se sacó del interior de la americana blanca un puro y lo encendió, todo ello con exasperada lentitud. La tensión se aferró a la atmósfera y la conquistó; el aire se espesó y la chica tuvo la impresión de ahogarse.

—Muy sencillo —respondió el anciano; dio una bocanada al habano y dejó salir el humo hábilmente, cuyo movimiento helicoidal dibujó una espiral en el aire—. Tú eres el

motivo por el cual mi hijo Javier regresará a casa. Te vas a casar con él y ambos seréis mis herederos.

Mady creía que estaba en una pesadilla. ¿Aquella era la familia de Steve o, mejor dicho, de Javier? ¿Cómo era posible que un hombre como Javier la hubiese engañado de tal manera? De pronto tuvo ganas de llorar. Varek la había engañado, y Javier, al que creía su amigo, no se había quedado atrás. Sin embargo, no permitiría que nadie decidiera su futuro.

—No me voy a casar con Javier, él y yo sólo somos amigos.

Juan rio; se trataba de la misma risa maquiavélica de Carlos. Éste estaba apoyado en la pared, medio encorvado de dolor por las patadas que había recibido de su padre; aun así, no se perdía detalle de la conversación. Mady los miró alternativamente; esos dos hombres estaban locos y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Una mujer como tú, rodeada de hombres, ¿ha sido incapaz de darse cuenta de que mi hijo está enamorado de ti?

Mady no sabía qué contestar, estaba confundida. Jamás había sospechado nada, y jamás le había dado esperanzas de nada. De repente se acordó de una conversación que mantuvo con Varek sobre el asunto, en la que éste le reclamaba saber la verdad de la relación que mantenía con su jefe, porque sospechaba que había algo más por el trato de él hacia ella. Entonces no le dio importancia y atribuyó a los celos el comportamiento de Varek. La verdad era que no podía creerse que Javier sintiera algo por ella más allá de una verdadera amistad... Sin duda debía de tratarse de un equívoco. Sólo podía ser eso, no se le ocurría otra cosa.

—Creo que estás confundido.

—No, no lo estoy. Llevo vigilando a mi hijo demasiado tiempo y, por más que lo ha intentado, no lo ha podido ocultar. Y ahora tú estás aquí y aprovecharé esta ventaja para hacerlo regresar a casa y que forme parte de la familia Hernández otra vez. Así que te casarás con él.

—No me voy a casar con él ni con nadie, no insistas.

—¡Claro que te casarás, si aprecias tu vida y la de Varek! —vociferó enfurecido. Sus palabras sonaron como el estallido de un trueno, cosa que provocó que Mady se sobresaltara, no así Carlos, ya acostumbrado al carácter explosivo de su padre.

Juan siguió fumando con tranquilidad, seguro de sí mismo, pues sabía que en el mundo nada le estaba vetado y, si ordenaba a Mady que se casara con su hijo Javier, no dudaría en recurrir a lo que hiciera falta con tal de conseguirlo.

Sin embargo, Mady tenía otros pensamientos y no tardó en sacar conclusiones sobre las amenazas de Juan.

—Entonces, ¿Varek está vivo? —preguntó ilusionada, incluso se acercó al anciano, impaciente por que le diera una buena noticia.

—De momento, sí... ¡Olvídate de Varek! —pronunció Juan entre dientes. Mostrando una rabia más que considerable, miró a su hijo con recriminación—. Carlos es de gatillo fácil, siempre me está metiendo en problemas, pero ya le daré su merecido —amenazó.

—¡Creía que estarías contento! —se defendió su hijo; sabía lo que le esperaba en cuanto se quedaran solos, casi

palpaba el tormento de otra paliza más.

—¡Cállate! —Fue tanta la potencia del grito que hasta el perigallo de su cuello tembló—. A veces creo que la única manera que tendrías de hacerme feliz sería pegándote un tiro.

Mady no daba crédito a lo que oía. Un padre que desea la muerte de su propio hijo no merece que la vida lo recompense con el regalo de la paternidad. A pesar de que Carlos la había lastimado, aún le escocía el golpe en la cara y el mordisco en el pecho, sintió tristeza por ese hombre que apenas mostraba orgullo ante su padre.

—¡Necesito ver a Varek! —exigió ella. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero las retuvo justo a tiempo. Estaba perdiendo la paciencia, se sentía perdida, humillada; no quería estar en aquel sitio con aquellos dos individuos que parecían respirar maldad—. Quiero regresar a Miami...

Juan tiró el puro al suelo y lo pisó igual que hubiese hecho con una cucaracha. Acuchilló a Mady con sus ojos negros; no le gustaban las mujeres poco dóciles, y la que tenía delante parecía de esa clase. Eso representaba un maldito contratiempo, dado que ya estaba haciendo planes de futuro en los que Javier y esa pelirroja jugaban un papel muy importante. Por tanto, no dudó en hacérselo saber.

—Eso no va a ser posible, querida; no verás a Varek nunca más y tampoco regresarás a Miami. ¿Te ha quedado claro? Y no quiero berrinches de ningún tipo, así que cómporate. A partir de ahora, tu vida está aquí, en México, junto a mi hijo Javier. Os casaréis y llevaréis el negocio familiar.

Carlos dio un paso al frente.